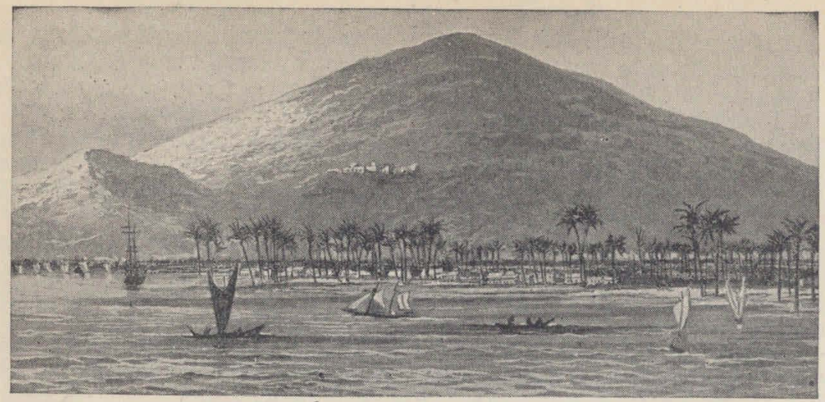


UN VOLCÁN EN LOS MARES DEL SUR

UNA HEROÍNA DE LOS MARES DEL SUR

MUY lejos, en el Océano Pacífico, hállanse las islas Hawaii, formadas la mayor parte de coral, pero con elevadas montañas en su centro.

En una de ellas, llamada Kilauea, se levanta uno de los mayores y más terribles volcanes del mundo. Su enorme cráter contiene un lago de fuego líquido de 5 a 8 kilómetros de circuito, y cuya humareda forma una espesa nube día y noche. Los naturales creen que habita entre las llamas una feroz diosa llamada Pe-le, que se baña en el centro del cráter, y cuyos cabellos se supone ser los filetes vítreos que cubren las montañas. Todo el mundo le tiene miedo a Pe-le y más especialmente las mujeres.

Los sacerdotes decían que si una mujer trepara por el cerro para coger ramas de los arbustos y las arrojase al lago de fuego, la diosa la aniquilaría con sus truenos y destruiría la isla.

Cien años hace llegaron unos misioneros cristianos a la isla, y poco a poco fué perdiendo el pueblo su fe en las fieras y salvajes divinidades que adoraban. Únicamente se conservaba el miedo a Pe-le y la llameante montaña era el último baluarte del paganismo.

Entonces una intrépida cristiana, llena de fe y de valor, resolvió desafiar a la diosa en su fortaleza y romper el hechizo que ejercía sobre el pueblo. Llamábase Kapiolani y era esposa de Naihe, el orador público de Hawaii. Ocurría esto en 1825.

Un día, arrancó una rama de los arbustos sagrados, siendo así que constituía un sacrilegio para una mujer, sólo el tocarlos, y emprendió la ascensión de la montaña. Era una subida penosísima y terrible de 2 kilómetros, muy peligrosa, pues podía resbalar por los estratos de lava y quedar sepultada en los montones de ceniza.

Furiosos los sacerdotes de Pe-le salieron de su santuario entre las escabrosidades del terreno, y trataron con sus amenazas de barrar el paso a Kapiolani, pero todo fué inútil. Apresuróse a ganar la cumbre, encaramóse al terrible cráter y se detuvo, por fin, junto el mar de fuego.

Y entonces arrojó al hirviente líquido las sagradas ramas, pronunciando estas palabras:

—Si muero por la ira de Pe-le reconoceré su poder, pero ahora desafío su furor y quebranto sus órdenes. Vivo y estoy salva, porque el Omnipotente Jehová es mi Dios. Él fué quien con su voluntad hizo surgir estas llamas: Él quien con su mano puede refrenar su furia. ¡Pueblo! ¡Abandona ya los falsos dioses de Hawaii y sirve al Señor!

Descendió Kapiolani por la montaña, después de haber destruído con su heroica proeza el poder de la superstición y ganado la causa de la fe y la verdad.

EL MUCHACHO QUE MURIÓ POR LA REPÚBLICA

DURANTE la época terrible de la revolución francesa, lleváronse a cabo muchos actos de heroísmo, tanto por parte de los realistas como por la de los republicanos. Refiérese un ejemplo sorprendente de patriotismo, dado por un muchacho de trece años, llamado José Barra.

En la provincia de la Vendée, cuyos habitantes peleaban por la monarquía, rodearon un día a Barra, insistiendo en que debía gritar ¡Viva el Rey! Apuntáronle al pecho las bayonetas, y el valiente mancebo gritó, no obstante: ¡Viva la República! ¡Por ella muero con alegría! Inmediatamente cayó herido de muerte con el cuerpo atravesado por las bayonetas y guadañas. Su cuerpo fué llevado al Panteón y allí reposa junto a Voltaire, Juan Jacobo Rousseau y Víctor Hugo.

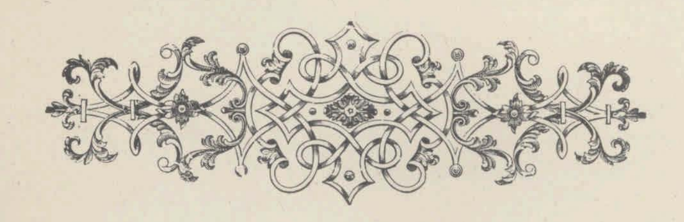
INHUMANIDAD CASTIGADA

DURANTE el reinado de Ana de Inglaterra, hija de Jacobo II, un soldado, que había sido maltratado por el coronel de su regimiento, desertó de las filas, y aprehendido más tarde fué juzgado por un consejo de guerra, que le sentenció a ser pasado por las armas.

Llegado el día de la ejecución y formado el cuadro por todo el regimiento que había de presenciarla, el coronel, en vez de ordenar, como de costumbre, que se echaran suertes entre los soldados para ver quien tenía que cumplir el penoso deber de fusilar a un compañero, dispuso, con general sorpresa, que fuese un soldado amigo del reo, que profesaba a éste íntimo cariño y que acababa de despedirse de él con muestras del mayor dolor. Ante orden tan inhumana, el soldado se arrojó a los pies del coronel suplicándole le evitase la pena de ser el verdugo de su amigo más querido. Los demás soldados, y hasta los oficiales, unieron sus ruegos a los de aquél; pero todo fué en vano.

Reiteróse el mando de la ejecución; y el soldado, sujeto a la obediencia, tomó el fusil, apuntó al sentenciado, pero al escuchar la voz de ¡fuego! varió instantáneamente la puntería y la dirigió sobre el coronel, atravesándole el corazón. Entonces arrojó el fusil, y dirigiéndose al comandante del regimiento, pronunció estas palabras, que fueron oídas en medio del mayor silencio: « El que no conoce la misericordia es indigno de merecerla. Me someto a recibir el castigo que quieran imponerme; pero prefiero mil muertes a ser el verdugo de mi amigo querido ». El comandante suspendió la ejecución del reo, esperando nuevas órdenes.

Varios ciudadanos de influencia se apresuraron a presentar una petición a la reina Ana, implorando el perdón de los dos amigos: y la magnánima reina tuvo el buen acuerdo de concederlo, por lo cual, según una crónica de aquellos tiempos, sus súbditos le consagraron un voto de gracias.



TITO, emperador de Roma, hallaba su mayor satisfacción en hacer bien a sus semejantes. Cierta noche observaron sus cortesanos que estaba triste, y, al preguntarle la causa de ello, contestó el buen emperador: « Hoy he perdido el día, pues no he hecho ningún bien ».



FLORENCIA NIGHTINGALE VIAJANDO POR EL CAMPO DE BATALLA

LA DAMA DE LA LINTERNA

HACE unos ochenta años vivía en una hermosa mansión inglesa, rodeada de un magnífico parque, una niña muy bonita que jugaba con sus muñecas de una manera completamente nueva y sorprendente. Gustábale acariciarlas, las desnudaba y acostaba, y les hacía el te en diminutos utensilios propios para el caso. Pero también hacía algo más. Fingiendo que las muñecas estaban enfermas, las cuidaba como a tales, y figurándose además que les habían ocurrido terribles accidentes, les vendaba las piernas y los brazos con hilas y las trataba con gran delicadeza.

Cuando fué algo mayor entraba en las chozas de los campesinos situadas en las tierras de su padre; y, si encontraba a alguno de ellos enfermo, se ponía inmediatamente a prestarle asistencia y procurar su restablecimiento. Era admirable ver como esta niña tan vivaracha en lugar de pasar el tiempo en juegos y deportes, se dedicaba alegremente a cuidar a los enfermos de la aldea. Trataba con cariño a los animales; y el primer paciente que tuvo fué un perro.

Pasaron años, y esta preciosa criatura, cuyo nombre era Florencia Nightingale, se transformó en una hermosa doncella que tuvo que ir a Londres con sus padres para ser presentada en la Corte. Pero las fáciles y agradables ocupaciones de sociedad no eran de su agrado, y en vez de asistir a reuniones, visitaba los hospitales de la gran urbe y estudiaba la manera de lograr que los enfermos recobrasen la salud y fuerzas perdidas. En aquella época las enfermeras de los hospitales eran muy ignorantes y no poco asombro hubieron de causar a Florencia Nightingale los modales rudos y la inconcebible ignorancia que observó en los hospitales ingleses. Resolvió, pues, marcharse a Alemania, para aprender allí el oficio de enfermera, y más tarde pasó a París donde adquirió todos los conocimientos que pudo. Por fin, cuando estuvo bien segura de haber dominado su especialidad, regresó a Inglaterra y dió principio a su tarea de mejorar la asistencia que los enfermos recibían en los hospitales.

En esta ocupación la sorprendió la guerra de Crimea que estalló entre Rusia e Inglaterra. Al principio no se hablaba más que de la gloria de pelear y de la bravura de los soldados que iban a la muerte cantando. Pero no tardaron en llegar a Inglaterra otros rumores; relaciones espantosas de heridos abandonados a su suerte en el campo de batalla, y de otros infelices operados por cirujanos en las mismas trincheras empapadas de sangre. Inglaterra se estremeció de horror al saber tales noticias y todos clamaron que debía hacerse un esfuerzo extraordinario, algo práctico e inmediato, capaz de evitar

tales padecimientos a los heroicos soldados. Ese algo lo hizo Florencia Nightingale.

La niñita de otros tiempos que había prodigado sus cuidados a los perros de los pastores y se había entretenido en vendar a sus muñecas, surgió entonces, como el Ángel de Piedad de Inglaterra, en cuya historia brillará siempre con letras de oro, el nombre de Florencia Nightingale. Partió para Crimea con menos de cuarenta enfermeras; y a los pocos meses de su llegada había llevado a cabo un cambio radical en el cuidado de los soldados. Consideren nuestros lectores el bienestar que experimentarían los pobres heridos, cuando se vieron atendidos por afables mujeres, colocados en camas blandas y cómodas, y vendados con amorosa solicitud por delicadas manos que evitaban causarles el más pequeño dolor, al ceñir las vendas alrededor de sus heridas palpitantes. Florencia Nightingale estaba siempre en las salas y por la noche paseaba silenciosamente entre las hileras de camas, llevando una linterna en la mano, para asegurarse de que nada les faltaba a sus pacientes. Al divisar los soldados en medio de la obscuridad a la gentil figura que se movía entre ellos como un ángel, la llamaban «la dama de la linterna». Hasta observaron que su nombre contenía suficientes letras para formar la frase «Flit on, cheering angel», (revolotea, ángel de consuelo y alegría). Tal era para aquellos miles de soldados víctimas de la guerra; un ángel que los reanimaba y les infundía aliento.

Para dar clara idea de la magnífica obra realizada por esta noble mujer, bastará decir que cuando ella llegó morían el cuarenta y dos por ciento de los heridos y que poco después de su llegada, esa proporción se redujo a un dos por ciento. Tuvo a su cargo hasta 10.000 soldados heridos, y cuando tenían que ser transportados a la sala de operaciones, Florencia iba con ellos y permanecía a su lado y los animaba a soportar sus dolores.



FLORENCIA NIGHTINGALE Y SUS ENFERMERAS CONFORTANDO A LOS SOLDADOS ENFERMOS

Tales hechos no tardaron en hacerse públicos en toda Inglaterra; donde por doquiera se oía pronunciar entre bendiciones el nombre de Florencia Nightingale. Se inició una suscripción a su favor y produjo cincuenta mil libras esterlinas. Envióse un barco de guerra para repatriarla y se hicieron preparativos para celebrar triunfalmente su entrada en Londres. Pero Florencia no codiciaba los aplausos del mundo. Volvió a Inglaterra en secreto y se encaminó tranquilamente a casa de su padre.

El Libro de hechos heroicos

SANGRE ROMAÑOLA

AQUELLA tarde la casa de Federico estaba más tranquila que de costumbre. El padre, que tenía una pequeña tienda de mercería, había ido a Forli a compras; su madre le acompañaba con Luisita, una niña a quien llevaba para que el médico la viera y le operase un ojo malo. Poco faltaba ya para la media noche. La mujer que venía durante el día a prestar servicio, se había ido al oscurecer. En la casa no quedaba más que la abuela, con las piernas paralizadas, y Federico, muchacho de trece años. Era una casita sólo con piso bajo, colocada en la carretera y como a un tiro de bala de un pueblo inmediato a Forli, ciudad de la Romaña, y no tenía a su lado más que otra casa deshabitada, arruinada hacía dos meses por el incendio, sobre la cual se veía aún la muestra de una hospedería. Detrás de la casita había un huertecillo rodeado de seto vivo, al cual daba una puertecita rústica; la puerta de la tienda, que era también puerta de la casa, se abría sobre la carretera. Alrededor se extendía la campiña solitaria, vastos campos cultivados y plantados de moreras.

Llovía y hacía viento. Federico y la abuela, todavía levantados, estaban en el cuarto donde comían, entre el cual y el huerto había una habitación llena de muebles viejos. Federico había vuelto a casa a las once, después de pasar fuera muchas horas; la abuela le había esperado con los ojos abiertos, llena de ansiedad, clavada en un ancho sillón de brazos, en el cual solía pasar todo el día y frecuentemente la noche, porque la fatiga no la dejaba respirar estando acostada.

El viento azotaba la lluvia contra los cristales; la noche era oscurísima. Federico había vuelto cansado, lleno de fango, con la chaqueta hecha jirones y con un cardenal en la frente, de una pedrada; venía de estar apedreándose con sus compañeros; llegaron a las manos como de costumbre, y, por añadidura, jugó y perdió sus cuartos, extraviándosele además la gorra en un foso.

Aun cuando la cocina no estaba iluminada más que por un pequeño velón de aceite, colocado en la esquina de una mesa que estaba al lado del sillón, sin embargo, la pobre abuela había visto en seguida en qué estado miserable se encontraba su nieto, y en parte adivinó, en parte le hizo confesar sus diabluras a Federico.

Ella quería con toda su alma al muchacho. Cuando lo supo todo, se echó a llorar: « ¡Ah, no!—dijo luego al cabo de largo silencio; — tú no tienes corazón para tu pobre abuela. No tienes corazón cuando de tal modo te aprovechas de la ausencia de tu padre y de tu madre para darme estos disgustos. ¡Todo el día me has dejado sola! No has tenido ni tan siquiera compasión. ¡Mira, Federico! Tú vas por pésimo camino, el cual te conducirá a un fin triste. He visto otros que comenzaron como tú y concluyeron muy mal. Se empieza por marcharse de casa, por armar camorra a los chicos y a jugar los céntimos; luego, poco a poco, de las pedradas se pasa a los navajazos, del juego a otros vicios, y de los vicios... al hurto ».

Federico estaba oyendo, derecho, a tres pasos de distancia, apoyado en un arca, con la barba caída sobre el pecho, con el entrecejo arrugado, y todavía caldeado por la ira de la riña. Un mechón de pelo castaño caía sobre su frente, y sus ojos azules estaban inmóviles. « Del juego al robo—repitió la abuela, que seguía llorando.—Piensa en ello, Federico. Piensa en aquella ignominia de aquí, del pueblo, en aquel Víctor Monzón, que está ahora en la ciudad siendo un vagabundo; que a los veinticuatro años ha estado dos veces en la cárcel y ha hecho morir de sentimiento a aquella pobre mujer, su madre, a la cual yo conocía, y ha obligado a huir a su padre, desesperado, a Suiza. Piensa en ese triste sujeto, al cual su padre se avergüenza de devolver

el saludo, que anda en enredos con malvados peores que él, hasta el día que vaya a parar a un presidio. Pues bien: yo le he conocido siendo muchacho, y comenzó como tú. Temo que llegarás a reducir a tu padre y a tu madre al extremo que él ha reducido a los suyos.

Federico callaba. En realidad sentía contristado el corazón, pues sus travesuras se derivaban más bien de superabundancia de vida y de audacia que de mala índole; su padre le tenía mal acostumbrado, precisamente por esto; porque considerándolo capaz en el fondo de los más hermosos sentimientos, y esperando ponerle a prueba de acciones varoniles y generosas, le dejaba rienda suelta, en la confianza de que por sí mismo se haría juicioso. No era, realmente, tan malo como parecía, pero hacíasele muy difícil, aun cuando estuviese con el corazón oprimido por el arrepentimiento, el dejar escapar de su boca aquellas palabras que nos obligan al perdón: « ¡Sí, he hecho mal; no lo haré más, te lo prometo; perdóname! » Tenía el alma llena de ternura, pero el orgullo no le consentía que rebosase. « ¡Ah, Federico!—continuó la abuela viéndole tan mudo. — ¿No tienes ni una palabra de arrepentimiento? ¿No ves a qué estado me encuentro reducida, que me podrían enterrar? No debieras tener corazón para hacerme sufrir, para hacer llorar a la madre de tu madre, tan vieja, con los días contados; a tu pobre abuela, que siempre te ha querido tanto, que noches y noches enteras te mecía en la cuna cuando eras niño de pocos meses, y que no comía por entretenerte: ¡tú no sabes! Lo decía siempre: « ¡Este será mi último consuelo! » ¡Y ahora me haces morir! Daría de buena voluntad la poca vida que me resta por ver que te habías vuelto bueno, obediente, como en aquellos días... cuando te llevaba al Santuario. ¿Te acuerdas, Federico, que me llenabas los bolsillos de piedrecillas y hierbas, y yo te volvía a casa en brazos, dormido? Entonces querías mucho a tu pobre abuela; ahora, que estoy paralítica y necesito de tu cariño como del aire para respirar, porque no tengo otro en el mundo, una pobre mujer medio muerta... ¡Dios mío! »...

Federico iba a lanzarse hacia su abuela, vencido por la emoción, cuando le pareció oir ligero rumor, cierto rechinamiento en el cuartito inmediato, aquel que daba sobre el huerto. Pero no comprendió si eran las maderas sacudidas por el viento u otra cosa. Puso el oído alerta. La lluvia azotaba los cristales. El ruido se repitió. La abuela le oyó también. « ¿Qué es?, preguntó turbada, después de un momento. « La lluvia », murmuró el muchacho. « Por consiguiente, Federico— dijo la vieja enjugándose los ojos,— ¿me prometes que serás bueno, que no harás nunca llorar a tu abuela? »... La interrumpió nuevamente un ligero ruido. « ¡No me parece la lluvia, exclamó palideciendo. — ¡Vete a ver! Pero—añadió en seguida—no, quédate aquí »; y agarró a Federico por la mano. Ambos a dos permanecieron con la respiración en suspenso. No oían sino el ruido de la lluvia. Luego ambos se estremecieron. Tanto a uno como a otra les había parecido sentir pasos en el cuartito. « ¿Quién anda ahí? », preguntó el muchacho haciendo un esfuerzo. Nadie respondió. « ¿Quién anda ahí? », volvió a preguntar Federico, helado de miedo. Pero apenas había pronunciado aquellas palabras, ambos lanzaron un grito de terror. Dos hombres entraron en la habitación: el uno agarró al muchacho y le tapó la boca con la mano; el otro cogió a la abuela por la garganta; el primero dijo: « ¡Silencio, si no quieres morir! » El segundo: « ¡Calla! », y la amenazó con un cuchillo. Uno y otro llevaban un pañuelo oscuro por la cara con dos agujeros delante de los ojos. Durante un momento no se oyó más que la entrecortada respiración de los cuatro y el rumor de la lluvia; la vieja apenas podía respirar de fatiga; tenía los ojos fuera de las órbitas. El que tenía sujeto al chico le dijo al oído: « ¿Dónde tiene tu padre el dinero? » El muchacho

respondió con un hilo de voz y dando diente con diente: «Allá,... en el armario». «Ven conmigo», dijo el hombre. Le arrastró hasta el cuartito, teniéndole cogido por el cuello. Allí había una linterna en el suelo. «¿Dónde está el armario?», preguntó. El muchacho, sofocado, señaló el armario. Entonces, para estar seguro del muchacho, el hombre le arrodilló delante del armario, y apretándole el cuello entre sus piernas para poderlo estrangular si gritaba, y teniendo la navaja entre los dientes y la linterna en una mano, sacó del bolsillo con la otra un hierro aguzado que metió en la cerradura, forcejeó, rompió, abrió de par en par las puertas, revolvió furiosamente todo, se llenó las faltriqueras, cerró, volvió a abrir y rebuscó; luego cogió al muchacho por la nuca, llevándole donde el otro tenía amarrada la vieja, convulsa, con la cabeza caída y la boca abierta. Éste preguntó en voz baja: «¿Encontraste?» El compañero respondió: «Encontré». Y añadió: «Mira a la puerta». El que tenía sujeta a la vieja corrió a la puerta del huerto a ver si sentía a alguien, y dijo desde el cuartito con voz que pareció un silbido: «Ven». El que había quedado, y que todavía tenía agarrado a Federico, enseñó el puñal al muchacho y a la vieja, que volvía a abrir ya los ojos, y dijo: «Ni una voz, o vuelvo atrás y os degüello». Y les miró fijamente a los dos. En el mismo momento se oyó a lo lejos, por la carretera, un cántico de muchas voces. El ladrón volvió rápidamente la cabeza hacia la puerta, y por la violencia del movimiento se le cayó el antifaz. La vieja lanzó un grito: «¡Monzón!» «¡Maldita!»—rugió el ladrón, al verse reconocido—. «Tienes que morir». Y se volvió con el cuchillo levantado contra la vieja, que quedó desvanecida en el mismo instante. El asesino descargó el golpe. Pero con un movimiento rapidísimo, dando un grito desesperado, Federico se había lanzado sobre su abuela y la había cubierto con su cuerpo. El asesino huyó, empujando la mesa y echando la luz por el suelo, que se apagó. El muchacho resbaló lentamente de encima de la abuela, cayó de rodillas ante ella, y así permaneció con los brazos rodeándole la cintura y la cabeza apoyada en su seno. Pasó algún tiempo; todo permanecía completamente oscuro; el cántico de los labradores se iba alejando por el campo. La vieja volvió de su desmayo. «¡Federico!», llamó con voz apenas perceptible, temblorosa. «¡Abuela!», respondió el niño. La vieja hizo un esfuerzo para hablar, pero el terror le paralizaba la lengua. Estuvo un momento silenciosa, temblando fuertemente. Luego logró preguntar: «¿Ya no están?» «No». «¡No me han matado!», murmuró la vieja con voz sofocada. «No... estás salvada» dijo Federico, con débil voz. «Estás salva», querida abuela. «Se han llevado el dinero. Pero padre... había recogido casi todo». La abuela respiró con fuerza. «Abuela» dijo Federico de rodillas y apretándole la cintura; «querida abuela,... me quieres mucho, ¿verdad?» «¡Oh, Federico! ¡Pobre hijo mío!» respondió aquélla, poniéndole las manos sobre la cabeza. «¡Qué espanto debes haber tenido! ¡Oh, santo Dios misericordioso! Enciende luz... No, quedémonos a oscuras; todavía tengo miedo». «Abuela» replicó el muchacho, «yo siempre os he dado disgustos a todos...» «No, Federico, no digas eso; ya no pienses más en ello; todo lo he olvidado: ¡te quiero tanto!» «Siempre os he dado disgustos», continuó Federico, trabajosamente y con la voz trémula; «pero os he querido siempre. ¿Me perdonas? Perdóname, abuela». «Sí, hijo, te perdono; te perdono de corazón. Piensa si no te debo perdonar. Levántate, niño mío. Ya no te reñiré nunca. ¡Eres bueno, eres muy bueno! Encendamos la luz. Tengamos un poco de valor. Levántate, Federico». «Gracias, abuela», dijo el muchacho, con la voz cada vez más débil. «Ahora... estoy contento. Te acordarás de mí, abuela... ¿no es verdad? Os acordaréis todos siempre de mí... de vuestro Federico». «¡Federico mío!».

exclamó la abuela, maravillada e inquieta, poniéndole la mano en las espaldas e inclinando la cabeza como para mirarle la cara. «Acordaos de mí» murmuró todavía el niño, con la voz que parecía un soplo. «Da un beso a mi madre,... a mi padre,... a Luisita... Adiós, abuela...» «En el nombre del Cielo, ¿qué tienes?» gritó la vieja, palpando afanosamente al niño en la cabeza, que había caído abandonada a sí misma en sus rodillas; y luego, con cuanta voz tenía en su garganta, gritaba desesperadamente: «¡Federico! ¡Federico! ¡Federico! ¡Niño mío! ¡Amor mío! ¡Cielo santo, ayudadme!» Pero Federico ya no respondió. El pequeño héroe, el salvador de la madre de su madre, herido de una cuchillada en el costado, había entregado su hermosa y valiente alma a Dios.

FORTALEZA Y CONSTANCIA DE UN SABIO EXPLORADOR

EL ilustre Azara, naturalista geógrafo aragonés de fines del siglo pasado, célebre por la gloriosa expedición que llevó a cabo contra los piratas de Argelia, lo es más aún por los sacrificios y privaciones que sufrió en la América del Sur, a donde fué enviado para determinar los límites de las posesiones españolas y portuguesas en las regiones del Plata, o sea del Paraguay, Uruguay y la Argentina y el territorio que hoy se llama el Brasil.

Ningún obstáculo le hizo retroceder en su difícil empresa. Durante meses enteros anduvo por montes y llanos, arrostrando continuas acometidas de los salvajes; mal vestido, casi descalzo, disponiendo tan sólo de una pobre ración que apenas le reparaba las fuerzas, atravesando eriales y pantanos, asaltado frecuentemente por animales venenosos y obligado a veces a luchar con las fieras.

Tenía, además, que habérselas, por un lado, con los indios bravos que de un momento a otro podían quitarle la vida, y por otro, con los brasileños que intentaban intimidarle; pero Azara no cejó ante ningún obstáculo; tenía un deber que cumplir, y sólo pensó en ejecutarlo. Dió el más elocuente ejemplo de firmeza en el cumplimiento de su deber, a la vez que mostró su profundo amor a la ciencia, que más tarde haría célebre su nombre, pues, además de sus trabajos geográficos, escribió numerosas e importantes memorias sobre la flora y fauna americanas descubiertas y estudiadas por él en el transcurso de su expedición.

Los trabajos que efectuó en la región del Plata, duraron 20 años, y sus obras sobre aquellas comarcas se han publicado en varias lenguas.

Muy dignamente cantó el poeta uruguayo, Magariño Cervantes, al concluir la oda que le dedicó lamentando su muerte, cuando dice:

Tiene el Plata un vago colosal murmullo
Con que a veces cuenta su dolor al mar;
Y yo, que poeta, comprendo su arrullo
Sé que tu memoria nunca olvidará.

Llora por ti, Azara, porque tú no fuiste
Ni venal ni torpe ni déspota cruel;
Llora por ti, Azara, porque mereciste
La rica diadema que puso en tu sien.

¡Digna y envidiable, fúlgida aureola
Que alcanzó tu esfuerzo, virtud y saber;
Déjame admirarla . . . ; tu gloria española
También de mi patria, de América es!

